

NEW LEFT REVIEW 136

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2022

ARTÍCULOS

PRANAB BARDHAN	La «nueva» India	7
CÉDRIC DURAND	Explorando las fronteras del capital	35
MARIO SERGIO CONTI	Tragicomedia brasileña	49
R. TAGGART MURPHY	Los legados de Shinzo Abe	61
PETER WOLLEN	Brecht en Los Ángeles	81
BENJAMIN KUNKEL	Estrategias de la crítica	93
EMILIE BICKERTON	El cine polifónico de Cantet	111

ENTREVISTA

PIERRE VILAR	La historia en construcción	131
--------------	-----------------------------	-----

CRÍTICA

JOHN-BAPTISTE ODUOR	Consecuencias de la segregación	147
PATRICIA McMANUS	Travesías atlánticas	161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



LOS LEGADOS DE SHINZO ABE

Desde 1955 Japón ha tenido tres primeros ministros dotados de verdadera capacidad transformadora. El primero, Nobusuke Kishi (1896-1987), puede considerarse verdaderamente el padre –o al menos el comadrón– del orden político establecido en el país tras la Segunda Guerra Mundial. El segundo, Kakuei Tanaka (1918-1993), era un personaje ajeno al sistema, tenía algo de revolucionario. No acabó con el ordenamiento que había instalado Kishi ni tuvo intenciones de hacerlo, pero exigió –y obtuvo– un lugar en la mesa del poder para la clase de gente a la que representaba y que no tenía voz en la configuración original de aquel. Tanaka fue derribado en 1985, en la cima de su influencia, víctima de la traición y de un golpe dentro de su partido. Sin embargo, los discípulos que le traicionaron continuaron dominando la política del sistema de partidos japonés y, en 2009, uno de ellos organizó la mayor amenaza lanzada hasta la fecha contra los fundamentos del orden de la posguerra antes de que él y sus aliados fueran enviados al desierto político (¿para siempre?). De ello se encargó Shinzo Abe (1954-2022), el último de los primeros ministros realmente transformadores y nieto de Kishi. Conocedor desde temprana edad de las minucias de la política japonesa, Abe cargaba desde siempre con la ambición de limpiar el nombre de su abuelo (en 1945 Kishi había sido encarcelado como posible criminal de guerra) y con ello el de la clase a la que él y Kishi pertenecían. Esa clase había colonizado Corea, invadido China y provocado una guerra con Estados Unidos en un desafortunado esfuerzo de asegurar la total libertad de acción para Tokio. Abe falleció el mes pasado víctima de un insólito asesinato, insólito porque el asesino no le mató por ser un representante de la reacción,

sino por rencor, un acto que arroja alguna luz sobre los problemas que todavía aquejan actualmente al sistema político japonés.

Pero primero regresemos al principio. ¿Por qué empezar en 1955? Anteriormente había habido otros primeros ministros que desempeñaron un papel importante, pero el moderno entramado político japonés se conoce como el sistema de 1955, porque fue entonces cuando Kishi lo puso en funcionamiento. Nacido en una vieja familia aristocrática-militar de Yamaguchi, en el extremo sudoccidental de la isla de Honshu, Kishi fue un destacado estudiante de Derecho en la Universidad Imperial de Tokio, que en la década de 1920 entró en el Ministerio de Industria y Comercio decidido a dirigir el desarrollo económico del país. En la siguiente década fue el zar económico en la Manchuria ocupada, donde amasó su fortuna personal mientras supervisaba un enérgico proceso de industrialización basado en el trabajo forzoso, ocupando posteriormente el puesto de ministro de Armamento en el gabinete de guerra de Hideki Tojo (un anterior primer ministro dotado de capacidad de transformación). Después de la rendición fue encarcelado por las autoridades estadounidenses de ocupación, aunque no llegó a ser condenado. Fue rehabilitado en 1949 en el transcurso del «cambio de rumbo» de Washington alentado por la Guerra Fría, que propició la purga de izquierdistas de cualquier posición de poder y la excarcelación de miles de funcionarios del periodo bélico. Kishi reapareció como el eslabón clave entre los dirigentes del país durante la guerra y la elite posterior que se agrupó (o reagrupó) en la década de 1950. Armado con fondos de la CIA, pasó a forjar en 1955 una alianza entre los dos principales partidos conservadores, evitando unas elecciones que de otra manera podrían haber sido ganadas por el izquierdista Partido Socialista de Japón. El Partido Liberal Democrático que Kishi alumbró mantendría el control del sistema parlamentario japonés durante medio siglo.

Fundamentos

En 1957 Kishi se convirtió en primer ministro tras el complot que derribó a su predecesor¹. Sentar los fundamentos del salto japonés hacia

¹ Ese predecesor era Tanzan Ishibashi. El golpe, después de solamente tres meses en el poder, sugiere una interesante –y triste– hipótesis histórica. Ishibashi, un «liberal» tal y como definen el término los japoneses, había sido un antifascista y estrecho aliado del ministro de Hacienda Korekiyo Takahashi, cuyos métodos protokeynesianos habían contribuido a sacar a Japón de la Gran Depresión; Takahashi

la prosperidad económica tras la Segunda Guerra Mundial implicaba acometer tres tareas interrelacionadas, cuyo éxito conjunto era imprescindible para garantizar su respectivo éxito individual. La primera era aislar a los responsables de las grandes burocracias ministeriales y empresariales frente a las interferencias políticas procedentes de las movilizaciones populares, lo cual implicaba no solo establecer un sistema de partidos que excluyera del poder a la izquierda, sino también desmantelar las organizaciones sindicales que en la década de 1950 constituían una formidable amenaza. El gobierno utilizó medidas represivas —una décima parte de las fuerzas policiales fueron enviadas para acabar con la huelga de Mitsui Miike a finales de 1960, retrospectivamente la última gran iniciativa del movimiento obrero japonés— pero también incentivos: la seguridad económica de por vida para los empleados varones de plantilla impuesta por los Ministerios de Trabajo y Justicia.

La segunda tarea era asegurar que los elementos corruptos de la burocracia no pudieran apropiarse de todo el sistema, como había sucedido en la década de 1930. Surgieron diversos medios para neutralizar a los acaparadores de poder potencialmente desestabilizadores, entre ellos la fabricación de escándalos por lo general elegidos por la fiscalía y ampliados por los periódicos de mayor tirada. El más importante entre ellos, sin embargo, suponía privar a cualquier entidad burocrática de un acceso sin trabas a los medios de coacción física. La ocupación estadounidense ya había comenzado el proceso desmantelando el todopoderoso Ministerio de Interior y la *kempeitai* (policía del pensamiento); la Agencia Nacional de Policía fue adscrita a la Oficina del Gobierno en vez de a uno de los ministerios más poderosos. Mientras tanto, la *potentia* de un ejército permanente había sido eliminada con los términos del Tratado de Seguridad de 1951, a tenor del cual la defensa del país y el control de sus relaciones exteriores —dos de los cuatro poderes que junto a la potestad tributaria y la emisión de moneda definen habitualmente un Estado— habían sido asumidos por una entidad externa: Estados Unidos.

Ello nos lleva a la tercera de las tareas interrelacionadas: asegurar la perpetuación del estatus *de facto* de Japón como protectorado de Estados Unidos. Esta era una cuestión espinosa, ya que una gran parte de la

había sido asesinado en 1936 por sugerir la introducción de un límite al gasto militar. Ishibashi intentaba implementar una gestión más favorable para la demanda y se mostraba escéptico sobre el sofocante abrazo de Washington. Si el golpe no hubiera forzado su dimisión, ¿podía haber conseguido trazar un rumbo para el país diferente al que estableció Kishi?

población, quizá una mayoría, no lo deseaba. La derecha disidente estaba irritada ante la subordinación de Tokio frente a Washington y molesta por varias reformas democráticas impuestas por la ocupación estadounidense durante sus primeros días «liberales». Mientras tanto, la izquierda estaba disfrutando de una influencia que llegaba a máximos históricos. Catedráticos, profesores, intelectuales públicos, periodistas de la prensa de calidad –por no hablar de los millones de trabajadores de fábricas y oficinas– eran en su mayoría ardientes socialistas. Simpatizando con la Revolución China y las fuerzas anticolonialistas que barrían el Tercer Mundo, no querían saber nada de Estados Unidos, un país al que consideraban una fuerza reaccionaria y represiva y a la que culpaban de reinstalar en el poder a la misma gente que había arrastrado a Japón a la guerra.

Pero el abrazo estadounidense se había vuelto esencial para el ordenamiento político que Kishi y sus aliados habían construido. No solo el paraguas nuclear estadounidense garantizaba la seguridad del país sin debilitantes debates internos y enormes gastos militares, sino que Estados Unidos ofrecía a las compañías japonesas un mercado exterior aparentemente infinito que permitiría a Japón alcanzar la preeminencia industrial, situando las exportaciones como el motor clave de la demanda. En contrapartida, Washington exigía que la izquierda permaneciera alejada del poder, el apoyo verbal a los objetivos estadounidenses en cuestiones de política exterior –no reconocer al gobierno de Mao en Pekín– y la instalación de una cadena de bases militares en suelo japonés. Kishi y su cohorte estaban conformes con facilitar todo ello, aunque no se sintieran totalmente felices al respecto, ya que hubieran preferido que Japón pudiera imponer su peso con impunidad. Pero, escarmentados por la derrota, estos hombres eran realistas. La plena recuperación de la soberanía y el desmantelamiento de los acuerdos de la posguerra –la subordinación a Washington y las diversas reformas que había impuesto la ocupación estadounidense– podían esperar a que llegara el momento adecuado. Ciertamente Kishi se vio obligado a utilizar los métodos más arbitrarios para asegurar la aprobación formal del renovado Tratado de Seguridad en 1960. Mientras más de un millón de personas tomaban las calles de Tokio en señal de protesta, Kishi envió a la policía al hemicycleo del Parlamento para poder imponerla. Ante la rabia que recorría Japón, no tuvo otra elección que dimitir como primer ministro; pero seguiría siendo una poderosa *éminence grise* en la década de 1980.

Pero el mundo estaba cambiando. Las conmociones internacionales de la década de 1970, cuando Nixon suspendió los acuerdos de Bretton Woods e impuso aranceles a los productos japoneses, proporcionaron la oportunidad para desafiar a la elite mandarín que había dominado el orden de posguerra. Hijo de un granjero y millonario de la construcción hecho a sí mismo, Kakuei Tanaka, explotó el talón de Aquiles del sistema que Kishi había diseñado: la necesidad de ganar elecciones en un sistema manipulado que proporcionaba un peso electoral desproporcionado a los distritos rurales. La clase de gentes a las que él representaba —agricultores y empresas rurales de la construcción— se convirtieron en los principales beneficiarios de las corrientes de gasto público que extrajo de la burocracia oficial. Aunque Tanaka solamente ocupó Kantei —la residencia oficial del primer ministro— entre 1972 y 1974, cuando fue obligado a dimitir tras un escándalo, utilizó sus consumadas habilidades para actuar en la sombra con el fin de dirigir la política japonesa durante la siguiente década, ganándose en el proceso el título de *yami shogun* (shogun en la sombra), que le otorgaron los medios de comunicación. Todos los primeros ministros nombrados desde 1978 hasta 2000 fueron elegidos por Tanaka o por uno de sus discípulos, tras la embolia que sufrió en 1986. Estos hombres se mostraban en general satisfechos con el orden existente, incluyendo la subordinación japonesa frente a Washington.

Sin embargo, los constantes excedentes comerciales japoneses provocaron un creciente malestar político y económico en Washington; se hablaba de que Japón iba a sustituir a Estados Unidos como potencia económica hegemónica o por lo menos que compartiría esa hegemonía. En 1985, el gobierno de Reagan forzó el Acuerdo del Plaza para negociar con sus competidores, imponiendo una brusca subida del valor del yen, el marco alemán y la libra esterlina. Sin embargo, las medidas precipitaron la crisis del mercado de valores de Nueva York de 1987 y los desesperados intentos del Ministerio de Economía japonés para sostener el orden financiero existente, lo cual desencadenó el deliberado crecimiento de una burbuja en los valores de los activos, principalmente del precio de los títulos bursátiles y del mercado inmobiliario, que inevitablemente estallaron a principios de la década de 1990, dando paso a diez años de crecimiento lento o nulo. Únicamente oleadas masivas de gasto público, financiado mediante el endeudamiento del Estado, impidieron que la economía entrara en depresión. Desafortunadamente, el legado de Tanaka hizo que la mayor parte del gasto público se invirtiese en carreteras innecesarias en las áreas rurales, fastuosos ayuntamientos

en pueblos mortecinos y aeropuertos a tiro de piedra entre sí, en vez de mejorar los niveles de vida urbanos. La economía japonesa no empezó a recuperarse hasta principios de la década de 2000. El hombre que se atribuyó el mérito fue Junichiro Koizumi, nombrado primer ministro en 2001, un prototípico descendiente de la clase de los mandarines que Tanaka y sus seguidores habían desplazado. En realidad, la recuperación se debía al explosivo crecimiento de la economía china, que trajo aparejado un aumento de la demanda de bienes de capital japoneses.

Restauración

En 2006 Koizumi cedió su puesto a su sucesor designado, que intentaría abiertamente concluir lo que el *establishment* conservador consideraba la inacabada empresa de la década de 1950. Ese sucesor fue, quizá inevitablemente, Shinzo Abe. ¿Por qué inevitablemente? Koizumi había dejado claro que había llegado el momento de que Japón reafirmara una orgullosa identidad nacional. Nadie estaba mejor situado que Abe para hacerlo. No solo era el nieto de Kishi; su padre, Shintaro Abe, había sido el líder del ala contraria a Tanaka en el Partido Liberal Democrático (PLD) y esperaba llegar al gobierno antes de que los escándalos y una muerte temprana acabaran con su carrera. Shinzo Abe se beneficiaba así de una *jinmyaku* (red) política que no tenía rival: el *sine qua non* del éxito político en Japón. Por encima de todo, era la personificación lógica de la perspectiva de su abuelo de que llegaría el día en que Japón resurgiera como una nación «normal».

¿Qué significaba ser una nación «normal»? En primer lugar, la conclusión de las continuas y humillantes disculpas exigidas por los países vecinos por acontecimientos que se remontaban a las tinieblas de la historia. (Desafiando a las sensibilidades china y coreana, Koizumi había rezado con regularidad en el santuario de Yasukuni, un monumento a los muertos japoneses en la guerra entre los que se cuentan catorce criminales de guerra de clase A, que era el corazón simbólico de la derecha recalcitrante). En segundo lugar, revisar la Constitución impuesta por Estados Unidos, especialmente el Artículo 9 a tenor del cual Japón había renunciado a una función vital de cualquier nación soberana: el mantenimiento de un ejército para defender al país. (De hecho, Japón había tenido un poderoso ejército desde muchos años atrás, las llamadas Fuerza de Autodefensa, pero el Artículo 9 permanecía como un obstáculo simbólico y legal, que impedía, por ejemplo, que Tokio

tuviera un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU). Washington también respaldaba la derogación del Artículo 9; de hecho, apenas se había secado la proverbial tinta con la que se había firmado la Constitución, cuando Washington empezó a lamentar haberlo impuesto a Japón, que constituía un activo de primera línea en la Guerra Fría. Con la llegada del siglo XXI, con China convirtiéndose en una potencia regional, había llegado el momento de eliminar las trabas de la posguerra y de que Japón se convirtiera en un socio en vez de un adjunto de Estados Unidos.

Al asumir el cargo de primer ministro en septiembre de 2006, Abe comenzó a preparar el terreno para una revisión de la Constitución bajo la rúbrica del «Japón hermoso». Habló abiertamente de regresar al «Estado familia» anterior a la Segunda Guerra Mundial y del valor de la «educación patriótica» en los colegios. La ciudadanía, sin embargo, no compartía su discurso. Abe nunca había mostrado demasiado interés por la economía, pero el progreso que se hubiera podido producir en ese ámbito no había llegado a los hogares normales. La gente estaba preocupada por ahorrar para la jubilación, por ocuparse de los ancianos de la familia y por encontrar un trabajo decente para sus hijas e hijos. Como culminación de todo ello, el Ministerio de Salud y Bienestar se las arregló para perder millones de expedientes de pensiones, algo que no fue exactamente culpa de Abe, pero cuya responsabilidad recayó sobre él. Fue etiquetado como un *obotchan*, un niño rico e incapaz. Alegando problemas de salud dimitió tras un año en el cargo; su carrera parecía haber acabado. Cuando las nubes de tormenta que se estaban formando estallaron en el gran cataclismo global de 2008-2009, la ciudadanía japonesa percibió la probable ruina de la seguridad económica que había traído el periodo de posguerra, en especial del «empleo de por vida» y de las líneas de ayuda financiera para las empresas marginales. Los palpables miedos de los votantes —y la incapacidad del PLD para afrontarlos— proporcionaron una oportunidad para que el discípulo más formidable de Tanaka, el brillante estratega político Ichiro Ozawa, montara el primer desafío electoral al PLD coronado por el éxito. Utilizando métodos que había aprendido de su maestro —construir un *gundan* (ejército) de políticos competentes de alcance nacional— Ozawa planeó y consiguió el triunfo electoral de su partido, el Partido Democrático de Japón, en septiembre de 2009.

El Partido Democrático de Japón (PDJ) había hecho dos promesas políticas fundamentales. La primera: la creación de una red de seguridad social de carácter universal basada en el modelo escandinavo.

La segunda, que Japón intentaría forjar su propia relación con China en vez de seguir simplemente las indicaciones de Washington, al tiempo que reemplazaría la sumisión a Estados Unidos por una política exterior más independiente, que pondría fin a la arrogante presencia militar estadounidense en Okinawa, motivo de resentimiento para la población local, que culpaba a Tokio de hacerle soportar el grueso de la carga del mantenimiento del paraguas de seguridad estadounidense. Los mandarines japoneses presentes en los grandes Ministerios, las empresas clave y los conglomerados de comunicación —el «Estado profundo» japonés si se quiere decir así— reaccionaron alarmados. Consiguieron dar su primer golpe incluso antes de las elecciones; la fiscalía pública acusó a Ozawa de algunas pequeñas irregularidades financieras que fueron enormemente amplificadas por los principales medios de comunicación. Le obligaron a dimitir de la dirección del PDJ y el políticamente sordo Hatoyama Yukio, uno de los fundadores del PDJ, ocupó el puesto de primer ministro en lugar de Ozawa².

En otros lugares ya se ha contado la historia de cómo la elite gobernante de Japón y el *establishment* de la política exterior estadounidense trabajaron para destruir el gobierno de Hatoyama³. En especial, la visita de Ozawa a China al frente de una delegación de seiscientos empresarios y diplomáticos, recibida con los brazos abiertos en Pekín, desencadenó un ataque de histeria en Washington. La Casa Blanca de Obama, el Departamento de Estado de Hilary Clinton y el Pentágono se lanzaron a la tarea de asustar a los votantes japoneses con el espectro de un desafortunado gobierno del PDJ, que amenazaba su seguridad poniendo en peligro sus relaciones con Washington. Hatoyama se vio obligado a dimitir. El Ministerio de Economía japonés utilizó el garrote de un impuesto al consumo ampliamente denostado para desacreditar a los dos sucesores de Hatoyama en el PDJ como primeros ministros. El segundo de ellos, Yoshihiko Noda, sacrificó a su partido traicionando otra de sus promesas electorales básicas: oponerse a cualquier aumento del gravamen sobre el consumo. También abordó de mala manera uno de los mayores desafíos de la política exterior japonesa desde el final de la ocupación estadounidense: las reclamaciones cada vez más agresivas de China sobre las islas Senkaku, un grupo de islas y afloramientos rocosos deshabitados de propiedad privada equidistantes de China, Taiwán

² Hatoyama era el nieto de Ichiro Hatoyama, quien irónicamente había sido primer ministro en 1955 cuando Kishi organizó el nacimiento del PLD.

³ Por ejemplo, R. Taggart Murphy, *Japan and the Shackles of the Past*, Oxford, 2014, pp. 315-340; Gavan McCormack, «Obama vs Okinawa», *NLR* 64, septiembre-octubre de 2010.

y Japón y sobre las que los tres países reclaman jurisdicción. Pekín se había percatado de la rapidez con que Washington había actuado para destruir un gobierno que se había atrevido a tener un atisbo de política independiente respecto a China y ahora utilizó las islas Senkaku para mandar un mensaje: Tokio podía continuar siendo un vasallo militar de Estados Unidos o podía tener una excelente relación con China, pero tendría que elegir. Provocado por la extrema derecha, Noda respondió declarando la directa nacionalización de las rocas. Incluso Washington se preocupó, entendiendo que para salvar la cara, Pekín tendría que elevar sus provocaciones.

Las debacles del PDJ brindaron a Abe la oportunidad que necesitaba para orquestar su regreso. En primer lugar, utilizó su reputación como ferviente nacionalista que «se enfrentaría a China» para obtener la presidencia del PLD. Pero Abe había aprendido del fracaso de su primer mandato. En la carrera electoral de 2012 incorporó a su equipo a dos formidables estrategas políticos: Yoshihide Suga, que se convirtió en jefe de la secretaría del gobierno (y sucedería a Abe como primer ministro), e Isao Iijima, quizá el mayor practicante de las técnicas políticas teatrales de Japón. Iijima procedió a relanzar a Abe como la personificación de la revitalización económica en vez del paladín del «Japón hermoso», iniciativa esta que podía esperar. Una vez de vuelta al gobierno, Abe anunció puntualmente «tres flechas» para revitalizar la economía. Los medios de comunicación las denominaron admirativamente la «Abeconomía». La primera flecha, la «reforma estructural», era poco más que simple palabrería; incluso si Abe hubiera querido emprender una revisión a fondo de la industria japonesa, el gobierno habría carecido de poder para llevarla a cabo. Lo mismo sucedía con la segunda flecha, los estímulos fiscales masivos que dependerían del Ministerio de Hacienda, el cual no estaba por la labor. A pesar de la publicidad sobre los estímulos de Abe, el endeudamiento público realmente disminuyó entre 2014 y 2018; el gasto público aumentó, los impuestos y las cotizaciones a la seguridad social (la red de beneficios sociales) crecieron todavía más, anulando pues cualquier efecto de estímulo keynesiano.

Pero la tercera flecha, la política monetaria, resultó suficiente para las necesidades de Abe. Abe nombró a un nuevo gobernador del Banco de Japón, Haruhiko Kuroda, conocido defensor de la flexibilización monetaria como remedio para combatir la profundamente asentada deflación del país, es decir, abrir las espitas monetarias hasta que se alcanzara

el consabido objetivo de inflación. El Banco de Japón se había opuesto durante mucho tiempo a dar ese paso, a pesar de las intimidaciones de destacados economistas estadounidenses como Paul Krugman, por miedo a que no funcionara. Esos miedos resultaron estar bien fundados; la deflación japonesa se mantuvo hasta el final de la década⁴. Pero para Abe eso no importaba. Los miles de millones de liquidez extra que el Banco de Japón con Kuroda empezó a bombear a la economía buscaron su camino hacia el mercado de valores y engendraron un momento de bienestar que permitió al PLD retomar la Cámara Alta en 2013. Disfrutando de confortables mayorías en ambas Cámaras del Parlamento, con su capital político acrecentado por el éxito de la candidatura de Tokio para las Olimpiadas de 2020, Abe podía ahora dedicarse a su agenda nacionalista.

Su primer paso fue sacar adelante una Ley de Secretos Oficiales que otorgaba al gobierno el poder de etiquetar cualquier cosa que quisiera como «clasificada» y de perseguir a cualquiera que tratara de averiguar de qué se trataba. Cincuenta y cuatro años antes, Kishi había hecho un intento similar para restaurar los ilimitados poderes de la policía antes de 1945, pero tuvo que abandonar el intento al toparse con una intensa oposición. Ahora, su nieto lo había conseguido. Las siguientes iniciativas de Abe fueron culturales: junto a su ultraconservador ministro de Educación, Hakubun Shimomura, se dispuso a instaurar la «educación patriótica» en los colegios, llenó el consejo de la televisión pública, NHK, de dinosaurios derechistas y reanudó las visitas a Yasukuni. Incluso Washington, generalmente encantado con el giro de los acontecimientos en Tokio, puso objeciones; el vicepresidente Biden pasó una hora al teléfono tratando de disuadir a Abe de continuar por ese camino. Pero la visita demostró a la derecha japonesa que Abe no era simplemente el tonto de Washington. En 2015, el gobierno anunció –en una violación directa de la Constitución y sin la aprobación del Parlamento– que a partir de entonces Japón adoptaría una «autodefensa colectiva».

Resistencia muda

En este momento, a mediados de 2015, mucha gente consideraba que Abe iba bien encaminado para transformar Japón en un autoritario Estado nacionalista de derechas. Los remanentes de la izquierda japonesa se

⁴ Analizo las causas de ello en «Rethinking Japan's Deflation Trap: On the Failure to Reach Kuroda Haruhiko's 2% Inflation Target», *The Asia-Pacific Journal*, vol. 14, núm. 3, febrero de 2016.

lamentaban con una rabia impotente, al igual que muchos observadores extranjeros (entre los que me incluyo). Y, sin embargo, los temores no se cumplieron. A pesar de una abrumadora victoria del PLD en las elecciones de 2017, que le garantizaron los dos tercios de los escaños en la Cámara Baja necesarios para iniciar la revisión de la Constitución. El PLD continuó tirando balones fuera en cuanto a las modificaciones constitucionales, limitándose a redactar una propuesta con diecisiete enmiendas recomendadas. Pero no llegó más lejos (de hecho, la extrema derecha del Partido de la Innovación del Japón, Nippon Ishin no Kai, fundado en 2015, atacó al PLD por no presentar las modificaciones para su votación en la Dieta). Por otra parte, a pesar de los tempestuosos discursos no se produjo una confrontación con China en torno a las islas Senkaku, ni sobre cualquier otro tema. Nadie fue acusado a tenor de la Ley de Secretos Oficiales. Las visitas de Abe a Yasukuni se suspendieron discretamente.

¿Por qué? Una explicación radica en el simple hecho de que, a pesar de su dominio del PLD y de la maquinaria parlamentaria japonesa, en última instancia Abe carecía del poder para poner en práctica su «Japón hermoso». Y lo sabía. Podía ganar una u otra confrontación con otros pilares de la estructura de poder del país, pero finalmente no podía doblegar a la burocracia establecida. En dos ocasiones, durante su periodo como primer ministro, el Ministerio de Economía sabotó cualquier esperanza que Abe pudiera albergar sobre el desencadenamiento de una auténtica recuperación de la economía, incrementando los tipos impositivos de los impuestos sobre el consumo. En un sentido muy real, Abe debía su posición al Ministerio de Economía; como hemos visto, el Ministerio había utilizado los impuestos para destruir al gobierno del PDJ. En 2014, con Abe en una posición política segura, el Ministerio de Economía se cobró la deuda, subiendo el tipo impositivo del 5 al 8 por 100, lo cual anuló cualquier leve efecto estimulante que la «Abeconomía» hubiera producido hasta el momento. El Ministerio de Economía insistiría en otra subida de los tipos impositivos en 2019 con resultados predecibles; la economía rápidamente entró en barrena. Los orígenes del impuesto sobre el consumo se encuentran en los esfuerzos del Ministerio de Economía para financiar y revertir los efectos del déficit provocado por los fondos dedicados a asegurar el voto de determinados sectores, que constituyeron la base del poder político de Tanaka durante la década de 1980⁵. Pero la obsesión del Ministerio con el impuesto también demuestra que los dirigentes políticos todavía tienen que encontrar la manera

⁵ Analizo esto en «Privilegio preservado», *NLR* 121, marzo-abril de 2020.

de controlar a los elementos corruptos de la burocracia. La Oficina del Presupuesto del Ministerio de Economía carece de los medios de coacción física que esos elementos disfrutaron en la década de 1930, pero todavía formula y desarrolla políticas clave sin rendir cuentas, habiendo demostrado repetidamente que, en cierta medida, los primeros ministros permanecen en el cargo mientras ella lo considera oportuno.

Otra explicación del fracaso de Abe para propinar un decisivo giro hacia la derecha es lo que se podría denominar la posición pasivo-agresiva de la ciudadanía japonesa. En *Peak Japan* (2019), Brad Glosserman sugería que las ambiciones de la elite dominante sobre la grandeza nacional estaban siendo bloqueadas por una población que, simplemente, no estaba interesada en ellas; en un artículo reciente, señalaba de nuevo «el poder de fuerzas sociales que socaban los esfuerzos para maximizar la influencia internacional de Japón»⁶. Entre estas fuerzas se cuenta decisivamente el declive demográfico respecto al cual la elite gobernante no tiene idea alguna sobre cómo revertir la huelga de nacimientos protagonizada por las mujeres japonesas durante las últimas décadas. Pero sus efectos también se muestran en la desaparición del turismo de terceros países. En la primavera de 2020 Japón cerró sus fronteras con la aparición de la COVID. En aquel momento tenía algún sentido; ya no lo tiene, ni desde el punto de vista epidemiológico ni económico. Como señala Glosserman, la pérdida de ingresos turísticos ha costado al país alrededor de 166 millardos de dólares en los dos últimos años, así como un retroceso de la buena imagen en el exterior generada por los millones de visitantes extranjeros llegados al país cada año y a los que les gustaba lo que veían. Pero a pesar de la presión de líneas aéreas y cadenas hoteleras, el gobierno sigue mostrándose relictante a granjearse la desaprobación popular por abrir de nuevo las puertas; la gente normal no desea especialmente ver a todos esos *gaijin* deambulando por todas partes, con sus extraños comportamientos y enfermedades; al margen de los miedos a la infección, la gente ha estado disfrutando de la novedad de poder tener asiento en los autobuses de Kioto o de reservar habitaciones en una estación de esquí sin tener que competir con hordas de turistas⁷.

⁶ Brad Glosserman, *Peak Japan: The End of Great Ambitions*, Washington DC, 2019; «Three Years On, the Verdict is Still Out on Peak Japan», *Japan Times*, 7 de junio de 2022.

⁷ Esta no era la primera vez que sucedían esa clase de cosas. Cuando estalló la crisis del SIDA, la mayoría de los bares gay y de las casas de baño en Japón pusieron carteles de «No se admiten extranjeros», como si el virus diferenciase entre japoneses y *gaijin*.

Un político como Abe era demasiado inteligente como para no reconocer que, aunque la mayoría de los japoneses son vagamente patriotas, no quieren que su país se vea arrastrado a aventuras militares o que sus hijos se vean sometidos al adoctrinamiento militarista en el colegio. Culturalmente tienen aversión por el riesgo: desean trabajos estables, una vida pacífica y seguridad económica. Cualquier gobierno que abiertamente amenace esto no puede sobrevivir demasiado tiempo. De modo que mientras Abe esperaba su momento, se convirtió en el primer ministro más veterano en el cargo. Quizá esperaba que unas triunfantes Olimpiadas en 2020 fueran el colofón para su gradual acumulación de capital político y le permitieran impulsar a la ciudadanía en pro de una política de defensa más proactiva, que él consideraba necesaria en un mundo marcado por el ascenso de China y el declive del poder de Estados Unidos. Pero entonces intervino la pandemia de la COVID. Después de vacilar durante unos meses, Abe se vio obligado a admitir que las Olimpiadas podrían provocar una transmisión incontrolada del virus del SARS-CoV2⁸. Los Juegos fueron pospuestos hasta 2021 y la popularidad de Abe cayó en picado. El estrés puede haber contribuido a la reaparición de la colitis ulcerosa que había citado como motivo de su dimisión en 2007. Dimitió en septiembre de 2020.

Eso no significaba el fin de su influencia; todo lo contrario. En Japón, el poder de los funcionarios retirados a menudo excede al de los funcionarios en activo, lo cual se verifica también en el mundo empresarial, habiendo sido así durante mil años; hace un milenio, los emperadores retirados normalmente ejercían más poder que sus sucesores. Un japonés conocido mío comparaba en una ocasión los esfuerzos necesarios para implementar las políticas públicas en Japón al intento de mantener una conversación en una cabina telefónica abarrotada de duendes chillando. Kishi continuó manejando los hilos entre bambalinas dos décadas después de que fuera obligado a abandonar el gobierno y Tanaka estaba en la cima de su poder una década después de haber dimitido. La percibida mala gestión de la pandemia del coronavirus había debilitado el aura de Abe, pero en 2021 todavía era el político más importante de Japón. Contribuyó a asegurar que su sucesor, Yoshihide Suga, fuera

⁸ Los temores a la infección no eran infundados. Las autoridades no pudieron por disposición legal autorizar las vacunas de Pfizer y Moderna hasta que hubieran sido suficientemente probadas en japoneses, lo que ocasionó grandes demoras. En el momento de escribir este artículo, Japón puede presumir de una tasa de vacunación mayor que prácticamente cualquier otro país; las muertes atribuidas a la COVID son las más bajas entre los países de la OCDE.

un estrecho aliado político. Aunque no pudo repetir la operación por segunda vez –Suga dimitió después de un año en el cargo– su sucesor como primer ministro, Fumio Kishida, aunque en cierta manera era un rival político, se mostró claramente relucante a dar cualquier paso que produjera el abierto desagrado de Abe.

¿Capacidad de transformación?

De manera que había buenas razones para pensar que Abe continuaría dirigiendo gran parte de la política japonesa durante una o dos décadas más. Realmente, antes de su fallecimiento había dado el paso, anteriormente inimaginable, de criticar abiertamente los catastrofistas escenarios fiscales del Ministerio de Economía y la obsesión por subir la tributación sobre el consumo. Quizá habría aprovechado la oportunidad, si esta se hubiera presentado y cuando lo hubiera hecho, de llevar a cabo las revisiones constitucionales y de implementar otros componentes del «Japón hermoso», que eran los objetivos de su vida. Pero se le acabó el tiempo antes de cumplir sus objetivos. Entonces, ¿por qué considerarlo un primer ministro dotado de «capacidad transformadora»?

Abe merece ese título por dos razones. La primera es que reafirmó el ordenamiento político que había construido su abuelo. Ese ordenamiento se había mostrado vulnerable a los desafíos, como demostró Tanaka después de atravesar la intrincada serie de defensas que Kishi y los restantes arquitectos del sistema de 1955 habían construido para aislar los asuntos del Estado de la burda política electoral. Como hemos visto, aunque Tanaka extrajo dinero de la burocracia para entregárselo a la clase de la que procedía y sembró las zonas rurales de obras superfluas y costosas, no desafió los fundamentos del sistema de 1955. Sin embargo, eso fue exactamente lo que intentó Ozawa como arquitecto de la arrolladora victoria del PDJ en 2009. Esta victoria ofreció la tentadora posibilidad de un gobierno receptivo a las preocupaciones de los ciudadanos en vez de a las de una elite bien arraigada.

Ozawa y sus aliados fracasaron. Parte de ese fracaso puede achacarse a sus propias deficiencias, pero ello se debió en realidad a las maquinaciones del «Estado profundo» japonés, si se le quiere llamar así, ayudado e instigado por la Casa Blanca de Obama y los aparatos de seguridad de Washington. Pero Abe quizá merece más crédito –o culpa– que cualquier otra figura por enviar el desafío Tanaka-Ozawa al basurero de la

historia. Las elaboradas habilidades políticas de Abe destruyeron cualquier oposición creíble al gobierno de un solo partido en Japón. Sin duda, ese «partido» va más allá del PLD; otros componentes clave son la burocracia oficial y la arraigada elite empresarial. Las luchas internas en su interior es probable que continúen, bien entre las diversas facciones del partido o bien entre el PLD y sectores de la burocracia o de la comunidad empresarial. Pero no hay ninguna señal en el horizonte de un desafío plausible al poder surgido al margen de la elite del país.

El papel central de Abe en el logro de este estado de cosas –en bloquear la aparición de cualquier oposición creíble– es todavía más notable cuando se compara con acontecimientos contemporáneos acaecidos en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia, Canadá o Países Bajos, donde los movimientos populistas –mayormente, pero no exclusivamente, provenientes de la derecha– por lo menos han hecho tambalearse el férreo control del poder de unas elites muy asentadas. Japón afronta muchas de las mismas circunstancias que esos países desarrollados, en especial el descenso de los niveles de vida de la que era la clase media, junto a una devoradora inseguridad económica. Sin embargo, a diferencia de sus contrapartes en el exterior, la elite que mantiene el poder en Japón no se enfrenta por ahora a ningún desafío populista significativo, ya sea de la derecha o de la izquierda. El politólogo Michael Cucek ha sostenido que Abe absorbió energías de la derecha que de otra manera podrían haberse fusionado para organizar algún tipo de desafío al orden existente⁹. De una manera que quizá se pueda comparar con Nixon o Reagan, Abe había surgido de las filas de la derecha, hablaba su lenguaje y se le consideraba su paladín. Pero, como hemos señalado, no hizo mucho por avanzar los temas centrales de la agenda de esa misma derecha.

Eso podría cambiar. He utilizado el término «derecha del *establishment*» para describir las fuerzas del régimen anterior a la guerra que resurgieron en 1949 y que, desde Kishi hasta Abe, han desempeñado un papel central. Pero como sugiere el término, en Japón hay otra clase de derecha. Incluye al crimen organizado –la Yakuza– así como a los matones nacionalistas que conducen camiones con altavoces por las calles del centro de Tokio, atronando con canciones de guerra. Curiosamente, también están los grupos de la minoría étnica coreana que no se han integrado y que quedaron varados en Japón después de la guerra. La muerte de Abe

⁹ Michael Cucek, conferencia pronunciada 14 de julio de 2022 en la Temple University, campus de Tokio; disponible en YouTube.

ha arrojado una extraña luz sobre este estado de cosas. Resultó que su asesino tenía un profundo resentimiento contra la llamada Iglesia de la Unificación, popularmente conocida como los *moonji*, el culto surcoreano fundado en 1954, que recauda grandes sumas de dinero entre sus seguidores en Japón. Entre ellos se contaba la madre del asesino, que les había entregado los ahorros de la familia. Al igual que la mayoría de los charlatanes religiosos, los dirigentes de este culto utilizan el dinero para costear lujosos estilos de vida, pero también emplean grandes sumas en propaganda anticomunista, especialmente en Tokio y Washington (*The Washington Times*, por ejemplo, fue lanzado con dinero *moonji*). Kishi había sido un orador invitado en reuniones patrocinadas por la Iglesia de la Unificación.

Los vínculos de Kishi con grupos desagradables no se detenían aquí. Su compañero de celda en la cárcel en la que estuvo recluido durante la ocupación estadounidense había sido Yoshio Koama, un ultraderechista especialista en resolver asuntos sucios y figura del hampa, que trabajó para los estadounidenses después de su liberación y fue utilizado por la CIA para canalizar fondos al naciente PLD de Kishi. Este último, junto con otros pesos pesados del PLD, empleó con regularidad a matones de la Yakuza para intimidar a periodistas independientes y a otros personajes críticos, o para reventar manifestaciones convocadas por grupos como la Unión de Profesores del Japón o por gente que protestaba contra la presencia estadounidense en Okinawa. Como su abuelo, Abe había cruzado en ocasiones la línea que separa a la respetable elite gobernante japonesa de los diversos sujetos procedentes de los bajos fondos que esta emplea circunstancialmente para asegurar la consecución de objetivos políticos inalcanzables a través de los canales legítimos. Pero como señala Cucek Abe, también vació paradójicamente esta versión de la derecha alternativa japonesa de gran parte de su poder. El asesinato de Abe produjo inicialmente una oleada de simpatía, pero gran parte de ella se ha evaporado desde que los medios de comunicación empezaron a sacar a la luz sus vínculos con la Iglesia de la Unificación y con otros grupos de extrema derecha, lo cual constituía otra manifestación de una historia que muchos periodistas y analistas conocían de tiempo atrás pero habían evitado abordar. Ahora, como respondiendo a una señal, una serie de artículos y programas de televisión están detallando, por un lado, los vínculos existentes entre Abe y su abuelo y, por otro, sus relaciones con organizaciones derechistas que bordean la criminalidad, como la Iglesia de la Unificación, así como la manera en que las llamadas «nuevas religiones» birlan los ahorros de toda una vida a sus creyentes.

Estos nuevos aires han empezado a llegar a la hasta ahora intocable Soka Gakki, la mayor y políticamente más poderosa de las «nuevas religiones»¹⁰. Su brazo político, el Komeito, algunas veces conocido en Occidente como el partido budista, obtiene habitualmente el segundo o tercer puesto en las elecciones y funciona como un tácito aliado del PLD, desempeñando un papel decisivo para que mantenga su control en el Parlamento. A medida que salen a la luz estos vínculos, es probable que la derecha del *establishment* se distancie de la Iglesia de la Unificación y grupos similares. Sin otro sitio a dónde ir, por así decir, sería concebible que esta derecha disidente y populista se volviera más visceral, llevando al país a coincidir con el resto de países desarrollados. Esto habrá que verlo; las circunstancias de la muerte de Abe también podrían persuadir a los dirigentes políticos a huir de cualquier cosa que huelga a «hermosura». Ya han empezado a circular rumores de que la facción de Abe en el PLD podría disolverse. Ahora es más imaginable un desafío político legado de Abe desde las filas del PLD, similar quizá al que Tanaka organizó hace cincuenta años.

Papel en el mundo

El segundo aspecto dotado de capacidad de transformación del legado de Abe –sentar los fundamentos para una política exterior independiente– puede continuar en mejores condiciones, lo cual puede sonar paradójico. El ascendiente de Abe se debía en parte a las maquinaciones del Estado de seguridad nacional estadounidense y se recibía con entusiasmo por parte del mismo. Como un cortesano que busca impetuosamente el favor del nuevo monarca, Abe se había apresurado a viajar a Nueva York para rendir pleitesía a Trump poco después de las elecciones estadounidenses de 2016, a pesar de las quejas del nuevo presidente, recicladas de la década de 1980, sobre las prácticas comerciales japonesas y el coste para los contribuyentes estadounidenses de la presencia militar en Okinawa (no importa que la mayor parte de ese coste lo paguen los japoneses). El

¹⁰ Estos cultos hunden sus raíces en el periodo prebélico, pero surgieron en su mayoría durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Combinan elementos teológicos del budismo *nichiren* –una secta budista que tiene sus orígenes en las clases comerciantes y trabajadoras urbanas de finales de la Edad Media y que destaca la fe, en vez de en las buenas acciones, como la clave para la salvación– con técnicas de proselitismo características del cristianismo evangélico. Los cultos son especialmente populares entre los pequeños comerciantes y otros elementos de la pequeña burguesía urbana, que no se han incorporado a la cultura del «trabajador asalariado» de las grandes empresas.

comportamiento de Abe fue tan adulador y desmesurado que provocó innumerables burlas en los medios de comunicación japoneses.

Pero todo estaba calculado. La elite japonesa está plenamente sintonizada con el declive relativo de Estados Unidos, consciente de que puede llegar el día en que Washington no deseará o será incapaz de proteger a Japón de un país como China, que claramente está tratando de reafirmar su hegemonía histórica sobre la región de Asia-Pacífico. En los tiempos premodernos, la propia distancia geográfica respecto a China había permitido a Japón trazar su propio camino a diferencia de Vietnam, Corea o Tíbet, pero ese tipo de distancia apenas cuenta en la actualidad. Japón puede seguir dos caminos: o bien intenta encontrar algún tipo de acomodo con Pekín o bien utiliza el tiempo durante el cual el poder estadounidense todavía cuente en la región para construir una alianza informal con las naciones de segundo rango de la misma, que tenga alguna oportunidad de «contener» a China tras la marcha de Estados Unidos. Con el PDJ, Tokio había empezado a explorar la primera alternativa, pero la aproximación fue rápidamente frustrada. Abe trazó la segunda: hacer todo lo posible para permanecer del lado de Washington, mientras se sientan las bases de una alianza panasiática antichina. Hizo todo lo que pudo para asegurar que el compromiso de Estados Unidos con Japón siguiera siendo sólido y lo consiguió. El Pentágono estaba encantado con el Japón de Abe y en gran parte gracias a él había empezado a considerar a Tokio como un aliado a la altura de Londres y Camberra. Abe también tomó las riendas del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, un cuasi acuerdo de libre comercio firmado entre los países del Pacífico, cuyo evidente propósito era «contener» a China. Este acuerdo había sido un logro significativo de la política exterior de Obama y por esa misma razón fue ostentosamente abandonado por el gobierno de Trump. Hábil como era, Abe había utilizado la presión de Obama sobre el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica como excusa para justificar las deficiencias de sus «tres flechas», al mismo tiempo que demoraba la aprobación de la Dieta para la participación de Japón en el mismo. El abandono por Trump del Acuerdo le ofreció, sin embargo, la oportunidad de asegurar el liderazgo de Tokio sobre el proyecto.

Abe cultivó asiduamente a los dirigentes de Vietnam, India y Australia. Incluso intentó un acercamiento a Corea del Sur y se reunió con Putin en veintisiete ocasiones, en un esfuerzo para solventar la disputa territorial con Rusia sobre las Islas Kuriles, que se extienden desde Hokkaido

hasta la península de Kamchatka y que fueron ocupadas por la Unión Soviética en los días finales de la Segunda Guerra Mundial. Abe obtuvo pocos resultados de esta diplomacia, porque los coreanos no estaban preparados para pasar por alto su pasado nacionalista y Putin no estaba dispuesto a sacrificar territorio ganado durante la Gran Guerra Patriótica. Pero el modelo de mirar a Washington en busca de seguridad, mientras construía relaciones independientes en la región que concebiblemente pudieran proporcionar soporte a Tokio tras la partida estadounidense, puede que sea el aspecto más duradero del discutible legado de Abe.

≡≡≡ SIDECAR ≡≡≡

EL SALTO

La porra del sereno

ALBERTO TOSCANO

El fascismo a cien años de la Marcha sobre Roma.

Worstward Ho?

TARIQ ALI

El desastre del Partido Conservador británico.

¿Resurgimiento turco?

CIHAN TUĞAL

El anhelo turco de convertirse en gran potencia.

Capitalismo científico

MARCO D'ERAMO

Premio Nobel y *start-ups*.

Mike Davis,
in memoriam

JOANN WYPIJEWSKI

Daguerrotipo de un luchador.

Nosotros y ellos

CHANTAL MOUFFE

Hipótesis para un populismo de izquierda.

Vectores de inflación

RADHIKA DESAI

Financiarización e inflación.

Derrocamiento en Burkina Faso

RAHMANE IDRISSE

Inestabilidad en plena crisis del Sahel.

Starmer v. Corbyn

DANIEL FINN

De los usos políticos del antisemitismo.

Los parias de Suecia

LILY LYNCH

La extrema derecha sueca entra al gobierno.

Trussonomics

JAMES MEADWAY

Capitalismo de suma cero.

En torno a Godard

FREDERIC JAMESON

La radicalidad de Godard en el momento presente.